



RECUERDOS

Nací en un lugar llamado Limache. A los seis años, me fui a vivir a Santiago porque mis papás trabajaban cuidando a muchos niños y niñas en una gran casa del Ejército de Salvación.

Allí crecí con muchas niñas. ¡Lo pasábamos muy bien! Decorábamos todo, hacíamos galletas ricas y cantábamos muchos villancicos. Cada tarde nos sentábamos en el suelo a practicar las canciones.

Fui muy feliz en ese lugar. Después nos fuimos a vivir a Olmué, donde todavía vivo, junto a mis cuatro hijas y mis lindas nietas.

Con mucho amor,

Tita.



El Barco Fantasma



Hola, soy José, el Tata de Nicolás, y quiero contarles una anécdota mágica.

Cuando yo era pequeño, vivía en un fundo en Panguipulli, al sur de Chile. Crecí rodeado de naturaleza, árboles altísimos y un río que cantaba todo el día.

Me encantaba trepar árboles como si fueran montañas y nadar en el río como un pececillo feliz.

Tenía un gran amigo llamado Julio, y como siempre, íbamos juntos a bañarnos al río.

Un día, cuando tenía 9 años, salí de mi casa a buscar a Julio para que fuéramos a nadar. En el camino pasé por unas rocas enormes y, desde allí, comencé a ver el agua brillante del río. Pero, de pronto... ¡algo increíble sucedió!. Desde el fondo del río comenzó a emerger un barco... ¡completamente blanco! No había nadie a bordo. Me quedé paralizado de la sorpre-

sa. ¡No podía creer lo que estaba viendo! Para mí, era un barco fantasma.

Me asomé mejor desde las piedras, tratando de entender... ¡pero el barco desapareció como por arte de magia!

Corrí a contarle a mi amigo, y fuimos juntos a ver si aparecía otra vez. Esperamos y esperamos... pero nunca más lo volvimos a ver.

Esta es una anécdota de mi niñez, difícil de creer, lo sé... pero para mí fue tan real como los cuentos que se cuentan bajo las estrellas.

A lo largo de mi vida, he compartido esta historia con mis hijos y mis nietos, y ahora también contigo.

Con cariño,

Tata Nico, 1º año básico.

Leyendas



Me llamo Marisol y soy abuelita de Renata. Tuve una infancia bonita y humilde.

En mi niñez jugábamos al elástico, al carrito que se armaba con madera, al luche, al trompo, a la escondida, al caballito de bronce, al rín-rín

con lana, a los tejos y muchos más.

Mi mamá y mi papá nos contaban historias, como la del Niño Dios de las Palmas. Mi papá era de la Quebrada Alvarado, y junto a otros recorrían todos los alrededores hasta que un día

encontraron a un bebé. Lo llevaron al santuario y lo bautizaron como el Niño de las Palmas. En la actualidad, es considerado un niño milagroso, y mucha gente va allá para pedir que se les cumpla un milagro.

Cuando llegamos a Limache, había solo cuatro casas en el callejón donde se encontraba mi casa. En ese lugar, por las noches, se escuchaba a una madre llorando por sus hijos. Le decían “La Llorona”.

Mi papá era panadero y trabajaba en la panadería La Poveda. Nos traía pan fresquito todos los días. Mi mamá lavaba ropa en alteza, y la hervíamos en un fondo para blanquearla. Yo misma ayudaba a entregar la ropa en las casas de la calle Comodoro.

Ahora, a mis 53 años, disfruto de mis nietos, a quienes quiero mucho.

Marisol, 3º año básico.



Salitrera Pedro de Valdivia



Quiero contarte que nací en la ex oficina salitrera Pedro de Valdivia. Viví allí durante 35 años, en ese campamento minero tan especial.

Muchos amigos y yo jugábamos a cosas muy divertidas como saltar el luce, la payaya, el capitán y muchos juegos más. Una anécdota curiosa y divertida fue cuando íbamos con mis amigos camino a la piscina que tenía el campamento. De pronto, se formó un remolino de polvo. Nos detuvimos, nos abrazamos y cerramos los ojos y la boca para que no nos entrara tierra. Cuando el remolino pasó, nos reímos a carcajadas: ¡estábamos todos llenos de tierra, como si fuéramos dulces empolvados!

Las salitreras tienen muchas leyendas y cuentos. Algunos de los más conocidos son: “*Ramoncito*”, “*La Llorona*”, “*Juanito de la Pampa*”, “*El Panteonero*”, “*La Guagua Vampiro*” y “*La Anciana Pianista*”.

El Panteonero

En 1955 murió el hombre que, durante 30 años, había sido el panteonero del cementerio de la ex oficina Chacabuco. Su muerte sorprendió al pueblo, ya que no se entendía por qué había fallecido. En sus últimos días, se comportó de forma muy extraña: estaba callado, enojado y algo asustado. Mucha gente fue a su entierro, pero al día siguiente se llevaron una sorpresa: ¡el ataúd apareció fuera del nicho! Esto se repitió por varios días, hasta que los nuevos panteoneros lo aseguraron con metal y lo enterraron bien profundo. Desde entonces, cada 13 de noviembre —fecha de su muerte— todos evitan acercarse al cementerio. Dicen que se escuchan aullidos, quejidos y gritos horribles. Las flores amanecen quemadas y las lápidas, negras por el fuego.

Cuando llovía en Pedro de Valdivia, ¡todo era un caos! Las casas no estaban hechas para soportar la lluvia, así que se llovían por dentro. La empresa paraba sus trabajos, se suspendían las clases y todos los niños salíamos a la calle a mojarnos. ¡Qué experiencia! Terminábamos todos embarrados, pero felices.

En la salitrera casi no había vegetación. Solo había un pimiento en la plaza... ¡y listo! De día hacía mucho calor y en la noche mucho frío. Pero el verano era entretenido. Se realizaban las Olimpiadas de Verano, con competencias entre los grupos de jóvenes del lugar.

La vida en las salitreras era muy linda. Todos nos conocíamos, y eso la hacía especial.

Mabel, 1º año básico.

Viaje de estudios

Mi historia es muy entretenida, porque trata sobre un viaje al sur cuando era niño. En el colegio donde estudiaba, entré a 8º año básico, y resulta que desde kínder estaban juntando dinero para hacer un viaje en octavo. ¡Una inversión a largo plazo como fondo de pensiones!

Conocí el sur de Chile hasta Angelmó. Pasamos por muchos lugares turísticos como Chillán, Concepción, Talcahuano, Valdivia, Villarrica, Pucón, Osorno, Temuco... etcétera, etcétera. Visitamos el Huáscar en el viaje. Era chiquitito, justo como me lo imaginaba (yo también era chiquitito, así que probablemente todo me parecía proporcional).

Un día, en Chillán, fuimos al mercado a almorzar. Yo, como buen gourmet en formación, me demoré en comer. Mientras degustaba mi plato como si fuera una cata de vinos, todos mis compañeros ya se habían ido a pasear. Me quedé solo en la mesa, acompañado solo por mi plato vacío y mi inocencia.

Cuando terminé de comer, miré a mi alrededor... ¡y no había nadie! Ni un alma conocida. Comencé a caminar y, ¿qué creen? ¡Me perdí! Más perdido que calcetín después del lavado.

Después me contaron que todo el curso andaba buscándome como si fuera un premio de la rifa escolar. Horas después, me encontraron... con la cara llena de pánico y la ayuda de la profesora, que tenía más cara de susto que yo.

Roberto M, 5º año básico.

